

EDUCACIÓN, DEMOCRACIA Y PARTICIPACIÓN

EDUCATION, DEMOCRACY AND PARTICIPATION

Marino Pizarro Pizarro
Especialista en Currículo
Universidad de Chile
Cap. Ignacio Carrera Pinto 1045-Nuñoa -Santiago
dptoeduc@uchile.cl

Resumen: La democracia es un ideal; un ideal de cómo debe ser la vida en sociedad. Un ideal, no tanto en el sentido de que sea irrealizable, sino porque es un conjunto de valores relacionados con el modo de convivir entre los hombres. Constituye nuestro supremo ideal de sociedad.

La esencia de la democracia es la igualdad y la participación. Sobre la base de este aserto, podría definirse la democracia como el conjunto de condiciones y relaciones sociales que hacen posible la igualdad y la participación. De allí la necesidad, para una educación democrática, de ser una preparación para el ejercicio real de ella.

La enseñanza de la democracia debe proporcionar, a los ciudadanos, bases sólidas de conocimiento, ayudándoles a mantener intacto su libre albedrío y a preservar la autenticidad de sus elecciones.

En síntesis, el hombre que nuestra educación tiene que formar es el hombre del desarrollo humanizado, inserto en una sociedad de cambios, que involucra -necesariamente- la cultura de la democracia.

Palabras claves: educación, democracia, participación, valor, sociedad y cultura

Abstract: Democracy is an ideal of how life in society should be. Ideal, not in the sense of an unachieved aspiration, but as a core of social values related to the way of life in common among human beings. It constitutes our supreme ideal of society.

Equality and participation are the essentials of democracy. On this basis democracy can be defined as social conditions and relations that make equality and participation be possible. Real practice of democracy requires a democratic education as a way of preparation for it.

Teaching democracy should afford solid basis of knowledge to citizens helping them to maintain freedom and self-government and to preserve the authenticity of their elections, as a whole.

In summary, our education should form men and women with humanized development in a context of a society of changes, which implies necessarily the culture of democracy.

Key words: education, democracy, participation, value society.

INTRODUCCIÓN

La educación chilena, ha puesto siempre una luz y una esperanza en el acontecer cotidiano y en porque se propone exaltar y educar al alumno sobre la base de los más altos valores.

Más fácil es saber lo que no es democracia que saber lo que es, aunque puede reconocérsela. Siempre ha sido menos difícil que los hombres se pongan de acuerdo en el plano de la acción, de lo que hay que hacer y de cómo hay que hacerlo, que en el plano de la teoría o de los conceptos.

Si el problema es complejo -como sabemos- es porque se trata de algo vital para nuestra sociedad y nuestra cultura. Es algo que afecta al hombre en general, a su existencia, a su devenir, a su personal historia y a su posición en la escala de relación con los otros hombres.

Sabemos que la democracia es un ideal, un ideal de cómo debe ser la vida en sociedad. Pero un ideal no tanto en el sentido de que sea irrealizable o inalcanzable -que es cierto en parte- sino porque es un conjunto de valores relacionados con el modo de convivir entre los hombres y de nuestra conducta en sociedad. Es la máxima conjunción de valores sociales de nuestra cultura, nuestro supremo ideal social.

Como todo valor, no es fijo, ni absoluto. Sólo su nombre permanece, desde los griegos, que lo inventaron, hasta ahora. Sus contenidos concretos cambian muy rápidamente. De ahí las confusiones.

DEMOCRACIA Y EDUCACIÓN

La esencia de la democracia es la igualdad y la participación sobre la base de este aserto podría definirse la democracia como el conjunto de condiciones y relaciones sociales que hacen posible la igualdad y la participación. Pero no podemos olvidar que el objeto concreto de la igualdad y la participación, el aspecto de lo humano en el cual los hombres luchan por ser iguales y participar, cambia constantemente, ha cambiado y sigue cambiando ante nuestros ojos. Así ocurre en el esplendor de Grecia, en el Cristianismo, en la Edad Media, en el Renacimiento, en el siglo XIX, en el siglo XX y en nuestro siglo XXI. Cambia, pues, el contenido concreto del ideal. Y sé que es injusto afirmar que el ideal sea absolutamente irrealizable. Ha habido un progreso en el conjunto de condiciones y relaciones sociales que hacen posible la igualdad y la participación. Ha habido un progreso de la democracia, y en nuestra mano está que continúe, si creemos que la democracia acrecienta y enriquece la condición del ser humano.

La igualdad y la participación no significan, empero, al ser esencias de la democracia, desconocer las diferencias individuales. Significa acentuar todo lo que hace a los hombres semejantes. Significa acentuar la dignidad del hombre, hacer posible el pleno ejercicio de su libertad, esto es, que cada individuo sea un agente libre de decidir su conducta y de contribuir a formular los fines de la acción del grupo y de la sociedad a que pertenece. La

igualdad y la participación son, por lo tanto, condiciones indispensables de la expresión de la personalidad y de las diferencias individuales.

De este modo entendida, la democracia se opone a toda forma de tiranía o dictadura. Porque en la dictadura, cualquiera que sea la excelcitud de los fines que se pretende conseguir, ocurre, en el hecho, que un grupo reducido y cerrado se erige en árbitro de los fines y medios de la acción social y toma decisiones en lugar de los miembros del grupo, presumiendo que sabe mejor que ellos lo que les conviene, sin otra norma que la arbitrariedad de unas pocas personas.

La democracia se opone inconciliablemente, pues, a toda forma de aristocracia, de plutocracia y de demagogia.

Así entendida, la democracia supone la participación directa en la formulación de los fines de la acción del grupo, o indirecta por medio de representantes libremente elegidos, sometidos a control y crítica, y esencialmente revocables. Supone la aceptación de las decisiones de la mayoría y el respeto de la opinión discrepante de las minorías, es decir, la respetuosa tolerancia de toda oposición que se ajusta a las normas y respeta las reglas del juego de la democracia. Supone, además, la crítica y la vigilancia constantes y la capacitación efectiva de todos los miembros del grupo, mediante una educación democrática adecuada, para ejercer dicha crítica y dicha vigilancia en forma constructiva, con eficacia y valentía.

De ahí la necesidad, para la educación democrática, de ser una preparación para el ejercicio real de la democracia. La enseñanza de la democracia no puede separarse de la práctica política. Debe, al mismo tiempo, proporcionar a los ciudadanos bases sólidas de conocimiento en materias socioeconómicas y desarrollar su capacidad de juicio. Incitarles a participar de manera activa en la vida pública, social, sindical y cultural, ayudándoles a mantener intacto su libre albedrío y a preservar la autenticidad de sus elecciones. Enseñarles a defenderse contra las propagandas abusivas y los mensajes tentadores de las comunicaciones de masas y contra los riesgos de la alienación.

Por otra parte, la democracia se funda, mejor que ningún otro de los demás sistemas de convivencia social, en la naturaleza psicológica y social del hombre. En el aspecto psicológico, es fácil mostrar cómo la democracia es la condición social más favorable para la expresión de la personalidad y de las diferencias individuales. En el aspecto social baste recordar que toda sociedad está compuesta de innumerables grupos, asociaciones e instituciones diversas que engendran actitudes y opiniones distintas en los individuos que a ellas pertenecen, y que cada individuo, en el curso de su vida, pertenece a muchos de esos diversos grupos que contribuyen a formar y moldear su personalidad, misión cardinal de la educación. Es decir, que la sociedad

es plural por su naturaleza misma, y que toda concepción totalitaria del Estado tiende a ignorar este hecho sociológico fundamental que no ignora la democracia. Las consecuencias de este error se revelan especialmente en el tipo de control social que caracteriza a la sociedad totalitaria. El Estado totalitario es necesariamente un Estado policial y un control social predominantemente represivo es incompatible con la democracia.

El terreno en el cual se plantea, en el último tiempo, la lucha por la igualdad y la participación, es el terreno de la economía como fundamental para el mejor logro de lo social y político. Ante este hecho, la responsabilidad de la educación democrática solamente se amplía. Pero en el fondo, sigue siendo la misma: capacitar a cada individuo para la más plena expresión de su personalidad y de su libertad y para la participación más eficaz en las decisiones de su grupo. En una palabra, es ayudar a dar el paso que corresponde a nuestro tiempo en el sentido de defender y enriquecer la dignidad del hombre.

Tal vez convenga intercalar y precisar aquí que toda idea, toda cualidad, toda condición, toda actitud, existen en potencia, antes de que se la haya definido. La definición de un estado de razón es posterior a su existencia; la definición es obra de la educación y la cultura. Por eso precisa dejar bien asentado que la democracia existe antes de que un filósofo como Aristóteles o un jurista como Licurgo, la hayan reducido a expresiones verbales o prácticas. En tal sentido, puede asegurarse, por ejemplo, que el campesino es demócrata. La ciencia nos ha venido a enseñar que los pueblos pastores, cuya vida primitiva es trashumante, como en mi viejo y querido Montepatria, viven dentro de un concepto igualitario y participativo.

Como resultado de todo esto, no es hipotético decir que la democracia se realiza de modo inconsciente o de modo consciente. La democracia inconsciente es esa forma de vida que reside en la índole de un grupo humano. Ese grupo la practica, sin saber definirla; la vive, simplemente. Consciente es la democracia cuando los pueblos, llegados a cierto grado de educación y de cultura, aprenden la definición de ella, saben cómo ejercerla y sostenerla y conocen las ventajas de ella sobre otros sistemas de gobierno. En ese aprendizaje entran a ser factores primordiales las luchas sociales y económicas los períodos de servidumbre política y la educación. Esa educación viene, más que de todo, de las plumas y labios de los doctrinarios, de los pioneros, de los maestros, de los guías del pensamiento colectivo. Es deber de ellos ante todo, dar a los pueblos una idea exacta, y honrada de los principios, aunque después tengan que atacarlos; pero en esta forma, el pueblo sabe ciertamente qué se ataca y puede colegir qué es mejor.

El porvenir de nuestras sociedades es, pues, reiterado lo dicho, la democracia, el desarrollo, el cambio. El hombre que nuestra educación tiene que formar es el hombre de la democracia, del desarrollo humanizado y del

cambio. El hombre en la lucha incesante por la dignidad y alcurnia del propio hombre. Y la educación, pues, tiene el rol capital que cumplir.

La educación, que como propósito deliberado promueve la realización plena de las potencialidades del hombre y la mujer, se basa en los mismos principios de la democracia y asegura su vigencia y continuidad en lo personal y en lo social. En su doble sentido, como estilo de vida y como sistema de organización, la democracia constituye una estructura dinámica y progresiva que se renueva constantemente gracias al poder de la educación. Por eso, ésta defiende los principios de universalidad, obligatoriedad, laicidad, unidad, gratuidad, socialización y trabajo y tiende a la formación de hombres y mujeres libres, de espíritu abierto, solidarios, capaces de ligarse a los deberes que impone la convivencia social y de trabajar por los más fundamentales valores humanos.

Sabemos que la nueva dimensión del mundo plantea al ciudadano actual la ingrata tarea de su real participación en él. La mente humana ha dado un salto que permite al hombre y a la mujer identificarse con fenómenos ajenos a la visión tradicional del cosmos y participar en ellos no ya como espectadores del drama sino como sus verdaderos actores. Pero hay una salvaguardia, la única: la educación. Educación que es comunicación de valores. Educación para que el hombre y la mujer puedan pensar, reflexionar, dialogar, participar y comunicarse de verdad.

Es evidente que este mundo nuestro está ansioso de retos y esperanzas. Y la educación y el humanismo serán, en este mundo de desafíos, el mejor ejemplo de su alianza, porque a esa plenitud marchamos. Abiertos todos a una cultura en la que queremos se identifiquen, en una única voluntad del compromiso con la verdad, con los altos valores y los conceptos éticos.

Y en estos momentos definitorios, de la esperanza de un despertar educativo, la tarea de hacer del individuo que se educa un ser social, exige de la escuela amplia información acerca de las normas y valores que dan forma a la sociedad de su tiempo. Reconocemos hoy que el profesor moderno no actúa exclusivamente sobre el alumno, dentro del aula y en contenido restringido de lo específico que enseña. Alumno y escuela viven dentro de una sociedad y la sociedad toda es concebida por él como un sistema de estímulos educativos y como una energía que permanentemente es canalizada y formada por la educación.

¡Se educa a los alumnos para la vida social, pero se educa también a la sociedad para que esté siempre abierta a la tarea de educar!